

ADVERTENCIA.

El interes que siempre inspiran las obras que á su poco volúmen agregan, mezcladas con buenas máximas de moral, narraciones que instruyen y divierten, y la indulgencia con que el público las acoge, me ha determinado á traducir el siguiente Poema y el prólogo, no ménos interesante, que le precede; más convencido de la utilidad que se puede sacar de su lectura, que del acierto en la version. Si he atinado en mi proyecto, quedará justamente recompensado mi esmero, con que se conserve, entre otros, en nuestro idioma uno de los trabajos literarios del célebre Florian.

PROLOGO

DE MR. FLORIAN.

Hace algunos años que viajando por el antiguo Condado de Aviñon, al pasar cerca de la pequeña ciudad de Isla, quise ver la fuente de Valclusa. Al volver de este parage célebre, descubrí, como á las diez de la mañana, sentados en la verde yerba, y á la sombra de dos morales que estaban á la orilla del rio Sorgue, dos jóvenes de diferente sexo. Sus trajes sencillos ni manifestaban grandes riquezas, ni tampoco denotaban indigencia. El joven, sin ser hermoso, tenia un semblante agradable, que prevenia en su favor. La mujer era alta, de buena presencia, é interesaba más por su fisonomía

particular. Su cara redonda, y unos grandes y hermosos ojos negros, daban indicios de gracias al mismo tiempo que de grandeza: me detuve con gusto á observarla, y reparé que escuchaba con mucha atencion la lectura de un manuscrito que el jóven que la acompañaba tenia en sus manos. Llevado de mi curiosidad me acerqué cuanto pude, sin que me vieran, y no tardé en cercicrarme que lo que leian no estaba escrito en francés. Ambos se complacian en la lectura, interrumpiéndola algunas veces para hablarse en el mismo idioma que el del manuscrito, y para mirarse con ternura; teniendo, á mi parecer, los ojos bañados en lágrimas.

A pesar de que no entendia una sola palabra de lo que hablaban, les hubiera estado mucho tiempo oyendo, si la jóven no me hubiera visto y hecho señas á su compañero para irse. Yo soy, les dije entónces, el que debo retirarme, ya que mi presencia os incomoda: soy un extranjero; vengo de Valelusa; y habia perdido el camino (cuando os ví ocupados en leer en este hermoso sitio, donde tal vez Petrarca leyó sus versos á la hermosa Laura), razon por la que tomé la resolucion de venir á preguntaros cuál es el de Isla.

A estas palabras, que hicieron mudar de co-

lor á la hermosa jóven, me respondió su compañero en frances, señalándome el que debía tomar: a provechando esta ocasion, le pregunté si pensaban ir al mismo parage á donde yo me dirigia; y respondiéndome que sí, le supliqué que me permitiese el acompañarlos: peticion á que no pudo negarse; y emprendimos juntos el camino.

Nos quedaba, segun las noticias que me dieron, cerca de media legua para llegar á la ciudad: y así tuve tiempo para meditar algunas preguntas y arriesgarme á hacerlas. La jóven, sin entrar en contestacion alguna, iba con los ojos bajos, asida al brazo de su compañero, quien más confiado, me daba á entender que mi conversacion no le fastidiaba; á esta (valiéndome de rodeos) la hice recaer sobre el manuscrito que les ví leyendo, preguntándole en qué lengua estaba.—En la mia, me dijo, soy Hebreo.—Sois, le respondí, de una nacion bastante antigua y célebre.—La celebridad y antigüedad de mi nacion parece que exigian de las demás muchas consideraciones á que somos acreedores; pero todas las perdonariamos con tal de que se nos tolerase seguir entre ellas nuestra religion y culto.—Sin mezclarme en disculpar ni las crueldades de vuestros enemigos, ni tam-

poco ultrajar vuestra nacion, permitid que os diga que siempre ha sido intolerante, que ha hecho derramar mucha sangre, y que no hay página en vuestra historia en que no sea preciso acordarse de que es una historia divina para no dejarla, y fastidiarse de tantas muertes como en ella se refieren.

Ignoro, me respondió el incógnito, si vuestras historias de los otros pueblos europeos presentan ó no tambien desastres tan grandes; pero lo que puedo aseguraros es que si hubiereis leido las de nuestros vecinos, los Sirios, los Fenicios, los Idumeos, las encontrarais tan sangrientas como la nuestra. No permita Dios que yo intente con esta comparacion disminuir su horror; pues solo es mi ánimo instruiros que los numerosos pueblos del Asia, principalmente aquellos que habitan hácia los ardientes desiertos del mar Rojo, parecen más destructores que los demas; aunque, si francamente he de decir mi opinion, no sé en esto de barbarie á quién dar la preferencia. Ni nosotros somos mejores que nuestros hermanos los Arabes, ni ellos peores que nosotros: la única diferencia que hay entre nosotros es que sus acciones son más desconocidas que las nuestras. Vuestros filósofos (á quienes por decontado respeto) han hablado mucho de

nuestras crueldades: sus obras se han esparcido bastante, y así generalmente se dice que nuestros anales están cubiertos de sangre; pero al mismo tiempo debian, para cumplir con la verdad, haber dicho que en estos mismos, que ellos llaman sangrientos, se encuentran los mayores rasgos de humanidad y de justicia.

Sí, le contesté: vuestra historia de Josef es una obra clásica, que tiene muy buena moral, dulzura é interés.

¿Pensais que es la única digna de elogio? me me dijo la hermosa judía, que hasta entónces habia guardado un profundo silencio. Yo quiero que examinemos entre los dos nuestras obras como si no fuesen sagradas. ¿No encontráis cosas interesantes, en los pormenores de las costumbres patriarcales, tan bien descritas en el Génesis? ¿No os complacéis en leer la hospitalidad de Abraham, el matrimonio de Rebeca, el encuentro de Jacob y Raquel cerca de los pozos, los siete años de esclavitud á que se sometió voluntariamente para obtener á la que amaba, y los segundos siete años, que empezó despues de nuevo para merecerla aun más? La historia de Job, de Rut, de Jonatás, y de Tobias, ¿están por casualidad desnudas de interés? ¿No conocéis los rasgos de elocuencia que hay en los cánticos d

Moysés, de Débora, de David, de Salomon, en nuestros Salmos y en nuestros Profetas! Comparad la Biblia con el Alcoran, con el Sadder, con el Zen-Avesta, cuya lectura es insoportable; y sed á lo ménos de la opinion de los Padres de vuestra Iglesia, y de vuestros escritores más célebres, quienes, á pesar del aborrecimiento que nos tienen, no se desdeñan de admirar nuestros libros.

Pero sin meterme á disputar su mérito, dignaos de traer á la memoria nuestras leyes. Abrid nuestro código, único tal vez que se ha observado por espacio de tres mil años, y en cada hoja hallareis principios de humanidad. No me entretendré en hablar de nuestro Decálogo, el mejor y mas antiguo monumento de moral universal; yo no quiero citar de nuestras leyes sino pasages ménos conocidos. "Protejed, nos dice Moysés, y amad á los desgraciados y á los extranjeros, acordandoos que de vosotros mismos lo habeis sido en Egipto. Cuando segueis vuestros campos, ó vendimieis vuestras viñas, dejad siempre algun fruto en la tierra, para que vuestros hermanos, que no tengan mieses, ni cepas, encuentren que segar y vendimiar. Cada siete años dejad uno vuestras cosechas para que se utilicen los pobres de ellas. Conceded tambien

cada siete la libertad á vuestros esclavos, amadlos y cuidadlos; pues tambien vosotros antiguamente lo habeis sido. Honrad á los viejos y respetad las canas. Aun cuando entreis en país enemigo, no lo devastéis, ni corteis los árboles que contribuyen al sustento de los hombres. Tenga como una obligacion de dar limosna el que no encuentre una particular satisfaccion en hacerlo. Que jamas pueda el homicida rescatar con dinero la sangre que ha vertido. Que la justicia sea igual para todos, sin distincion de condiciones. Que la piedad sea un sentimiento tan habitual en vuestros corazones, que cuando un israelita coja un nido de pájaros, se crea en la obligacion, á lo ménos, de dar libertad á la madre."

¿Podreis decirme que estas leyes, dictadas por Moysés, y que yo repito al pié de la letra, son bárbaras? Decidme, pues, ¿cuándo las observamos nosotros? Cuando todos vuestros pueblos en Europa no conocian ni remotamente la civilizacion; cuando la Medea y la Persia apenas la tenian, y cuando en Egipto era donde únicamente habia algunos hombres que supiesen leer. En esta época ya teniamos nosotros un gobierno, que por su sencillez merece todavia el renombre de sábio; un pueblo dividido en tribus, que formaban entre sí una sola familia, en el que cada

tributenia su consejo, que decidía sobre sus intereses; un senado compuesto de ancianos escogidos entre estos consejos, para tratar en nombre de la nacion los intereses de esta; un juez supremo, que el pueblo elegia cuando el estado estaba en riesgo; un cuerpo de sacerdotes, pagados por este mismo pueblo, y que nada podian poseer; á Dios solo por Rey; á la Ley por directora, y á todo Israel por soldados. Esta fué nuestra república por espacio de cuatrocientos años. Quisimos tener Reyes, y algunos reinaron con bastante gloria; el nombre más célebre y más venerado en todo Oriente, aun en el dia, es el de uno de ellos. Nuestra antigua capital es siempre considerada, aun por nuestros mismos opresores, como una ciudad sagrada. Nuestros libros de aquel tiempo están en las mejores de vuestras bibliotecas. ¿Cuál es, pues, el pueblo, cuyas leyes, cuyas obras, cuyo nombre ha sobrevivido tanto tiempo á su destruccion y á su ruina, Vencidos y dispersados por los Asirios, y establecidos en sus vastos estados, en donde nuestra industria nos hizo ricos y poderosos, abandonamos dos veces nuestros establecimientos, nuestras riquezas, y las delicias de la abundancia, para volver á habitar las ruinas de nuestra antigua Jerusalem. ¡Ah! si el amor á la patria es la princi-

pal de las virtudes, ¿quién lo ha poseído más que nosotros? ¿Hay nacion que pueda citar una época tan gloriosa como la en que Nehemias con Esdras nos trajeron desde las extremidades de Persia, y que, á pesar de nuestros celosos vecinos, con la espada en una mano y la llana en la otra, reedificamos nuestras murallas, y volvimos á erigir nuestros altares? Desde esta época hasta el tiempo de Tito, no hemos dejado de combatir por nuestra independencian y nuestra libertad. Nuestros esfuerzos han sido algunas veces felices; y yo dudo que entre los Griegos y los Romanos se hallen héroes más grandes ni más perfectos que lo que fueron nuestros Macabeos.

Yo escuchaba con respetuosa atencion á la hermosa judia, cuya elocuencia animaba su hermosura y agitacion; y luego que concluyó su narracion la dije: no es, señora, un Amalecita el que os habla; pero, no obstante, aunque conozco la verdad de lo que acabais de decir, permitidme que os diga que es muy posible que desde que os veis dispersos, no se hayan los de vuestra nacion manejado de un modo capaz de granjearse la benevolencia de las demás.

Las demás naciones, me replicó fijando en mí sus hermosos ojos, no deberian por su mismo honor traer á la memoria los procederes que

han tenido con los desgraciados judios. (1) Despues que Jerusalem fué tomada por el célebre Tito, á quien con justo motivo dieron el sobre nombre de *delicias del género humano*, no obstante que cometió espantosas crueldades; despues, digo, del horrible estado en que los romanos dejaron la Judea, la imaginacion más viva no alcanzará á pensar los males que ha sufrido nuestro pueblo. Adriano, en especial, Adriano, cuyo nombre no está desnudo de gloria, hizo con nosotros las mayores crueldades: sus sucesores nos persiguieron como á Cristianos, y luego que Roma fué Cristiana, sus Emperadores nos persiguieron tambien como á judíos: los Reyes que se erigieron en las ruinas del Imperio, tampoco se descuidaron en hacer derramar nuestra sangre; pero aunque nos hemos visto tan perseguidos en todas partes, y en todas hemos sido víctimas, no hemos abandona-

---

(1) En estas persecuciones deben ver los judíos una prueba terminante de la venganza divina, por haber condenado al Redentor y no haberse aprovechado de la redencion, como lo demuestran los apologistas de la Religion.

do nuestra religion, único motivo de nuestras calamidades.

Al mismo tiempo que iba á rebatir las imputaciones que esta israelita hacia á los cristianos, y á demostrarle que las persecuciones que han sufrido han sido muy justas, llegamos á las puertas de la ciudad. Luego que el jóven hebreo conoció que buscaba con mi vista donde hospedarme, me dijo: “Mi mujer Ester, á quien acabais de oír defender la causa de su nacion con algun calor, no se ha acordado de deciros que entre las virtudes que procuramos seguir, la hospitalidad es una de las primeras: nosotros nos tendríamos por felices si nos permitieseis ejercitarla hoy con vos: y así dignaos entrar en nuestra pobre casa, y acompañarnos á comer, pues procuraremos daros algo más que panes ázimos: cuyo convite admití despues de haber dado gracias al hebreo.

Su casa estaba inmediata; era pequeña, aseada, y recién hecha sobre la muralla, cuyos coposos árboles la daban sombra. Al examinarla noté que una de las paredes de los costados tenia un pedazo caído; y admirándome, pregunté á Mr. Jonatás, que así se llamaba el marido de Madama Ester, por qué en una casa tan nueva se habia dejado un pedazo arruinado; á lo